

Formatio



MÓDULO 1: TEOLOGÍA FUNDAMENTAL

Material Complementario 1

1 CONTENIDO

- 2 Esquema de la Primera charla: Creer para entender, entender para creer. Diálogo entre fe y razón. 2
- 3 Material 1: Verdad, diálogo y búsqueda. Extractos 4
- 4 Material 2: La dimensión espiritual de la teología fundamental, de Gerardo Söding 8

2 ESQUEMA DE LA PRIMERA CHARLA: CREER PARA ENTENDER, ENTENDER PARA CREER. DIÁLOGO ENTRE FE Y RAZÓN.

1. La importancia de las preguntas
2. La fe y sus dimensiones

- a. El ser humano, creado para creer

“Como consecuencia de la universal voluntad salvífica de Dios y de la oferta de la gracia sobrenatural de la fe como un -> existencial permanente del hombre, todo hombre es ya siempre, con anterioridad a la predicación explícita del mensaje cristiano, potencialmente un creyente, que en la gracia dada previamente a su libertad posee ya lo que ha de creer (es decir, aceptar libremente), la inmediata comunicación de Dios en Cristo.”

“En el ejercicio de la libertad el hombre no puede renunciar a su razón.”

- b. La fe como un don de Dios al que se llega a través de signos externos

“es un hecho comprobado que en la generalidad de los creyentes la acción interna de la gracia no es suficientemente clara para legitimar la certeza de la obligación de creer; es normalmente imposible transformar la experiencia religiosa personal en un signo cierto de la invitación divina a la fe. Si no se quiere admitir que la fe es una decisión ciega, hemos de reconocer necesariamente el valor de los signos externos de credibilidad, como garantía de nuestra conciencia de la obligación de creer (Dz 1790; la -> apologética prueba la validez de estos signos, que corresponden al carácter social-ecclesial de la revelación. Cristo y la Iglesia son el signo supremo de la revelación divina). El conocimiento de los signos de credibilidad es anterior al acto de fe (pues en ellos se funda la certeza del deber de creer) y consiste en una conclusión racional (por el signo se llega a la realidad significada); es por tanto un acto de la razón («juicio especulativo de credibilidad»: los signos prueban la existencia de la revelación).”

- c. La fe como respuesta

- i. Dimensión cristológica

Dios se ha revelado definitivamente en la inefable -> experiencia religiosa de Cristo; el hombre Jesús tuvo conciencia de ser el Hijo de Dios; ésta fue su más profunda vivencia. Pero Cristo no podía manifestar a los hombres esta inefable experiencia (que no es sino la repercusión del misterio de la -> encarnación en la conciencia humana de Jesús) sino mediante signos humanos, imágenes, símbolos, conceptos, palabras. El mensaje de Cristo conceptualiza y objetiva la experiencia aconceptual, en la que Dios mismo se le dio a conocer como Padre suyo. En el Verbo encarnado la palabra humana ha sido elevada a expresión de la inefable autocomunicación de Dios al hombre Jesús, su Hijo; la persona divina de Cristo, Palabra eterna del Padre, se revela a los hombres en palabras humanas.

- ii. Dimensión eclesial

- d. Creerle a Dios, creer en lo que Dios dice

- i. Fe como confianza

1. El sustrato humano de la fe

La persona no puede ser conocida en su autenticidad por el hecho de que se disponga sobre ella, de que se la analice por medio de un experimento; un conocimiento de esta naturaleza resulta más o menos superficial y secundario y no produce precisamente aquello que interesa: la persona y su auténtica esencia. Un

conocimiento de la persona proporcionado por la matemática o las ciencias naturales es inadecuado, pues tales ciencias son incompetentes en este campo. La persona sólo puede ser conocida en su auténtico ser, en su yo, si ella se da a conocer, si se abre ella misma.

La fe da acceso a la persona. El que cree participa de la persona que se abre al manifestarse; participa de su vida, de su pensamiento, de su saber, conocer, amar y querer, del modo como ella se ve a sí misma y ve el mundo de las cosas y de los hombres.

El «yo te creo» también incluye necesariamente los aspectos particulares, y por cierto en esta forma: «Yo creo lo que dices, lo que exiges, lo que prometes.» De este modo la fe pasa a ser una fe que versa sobre enunciados, una fe en el sentido de «tener por verdadero» un determinado tipo de principios y afirmaciones. Pero esta fe en «verdades», en «frases», en «algo», no está aislada y sin relación alguna con la persona creída; más bien ésta es el soporte de la fe en ciertos enunciados. En su competencia y autoridad, y en la garantía ahí implicada se funda el «creo que» con todos sus detalles.

Por esta razón creer no es un conocer provisional o a medias, aproximativo, sino un auténtico conocer; pero es un conocer sobre un ámbito en que no se trata en primer término del mundo, de cosas y objetos, sino de la persona. La fe no es un conocimiento inseguro y sin fundamento, sino un conocer seguro y fundado. Se funda en la competencia y credibilidad de aquél a quien se cree, en su inteligencia y saber. De aquí se desprende cuán unilateral es el no aceptar más conocimiento seguro que el proporcionado por la propia experiencia e inteligencia. Con esta limitación, esferas fundamentales de la realidad se verían sustraídas y cerradas a nuestro conocimiento: la esfera de la persona y de las personas, del hombre y de lo humano en general.

2. Su dimensión existencial

ii. Fe en los distintos aspectos del cristianismo

3. Creo para entender, entiendo para creer
 - a. La fe nos revela el sentido último de la existencia
 - b. La búsqueda de la razón como elemento del camino de fe.
4. Ir a los fundamentos
 - a. Para consolidar la propia fe
 - i. La elaboración de las crisis, las preguntas del camino creyente, las inquietudes de la Iglesia frente al mundo
 - b. Para dar razón de nuestra esperanza
 - i. Hablar de lo que nos moviliza, encontrar los puentes
 - ii. El diálogo: el modo de hablar, la confianza, el encuentro con la cultura

3 MATERIAL 1: VERDAD, DIÁLOGO Y BÚSQUEDA. EXTRACTOS

De “Fides et Ratio”, de Juan Pablo II, sobre las relaciones entre fe y razón

1. Tanto en Oriente como en Occidente es posible distinguir un camino que, a lo largo de los siglos, ha llevado a la humanidad a encontrarse progresivamente con la verdad y a confrontarse con ella. Es un camino que se ha desarrollado — no podía ser de otro modo — dentro del horizonte de la autoconciencia personal: el hombre cuanto más conoce la realidad y el mundo y más se conoce a sí mismo en su unicidad, le resulta más urgente el interrogante sobre el sentido de las cosas y sobre su propia existencia. Todo lo que se presenta como objeto de nuestro conocimiento se convierte por ello en parte de nuestra vida. La exhortación Conócete a ti mismo estaba esculpida sobre el dintel del templo de Delfos, para testimoniar una verdad fundamental que debe ser asumida como la regla mínima por todo hombre deseoso de distinguirse, en medio de toda la creación, calificándose como « hombre » precisamente en cuanto « conocedor de sí mismo ».

Por lo demás, una simple mirada a la historia antigua muestra con claridad como en distintas partes de la tierra, marcadas por culturas diferentes, brotan al mismo tiempo las preguntas de fondo que caracterizan el recorrido de la existencia humana: ¿quién soy? ¿de dónde vengo y a dónde voy? ¿por qué existe el mal? ¿qué hay después de esta vida? Estas mismas preguntas las encontramos en los escritos sagrados de Israel, pero aparecen también en los Veda y en los Avesta; las encontramos en los escritos de Confucio e Lao-Tze y en la predicación de los Tirthankara y de Buda; asimismo se encuentran en los poemas de Homero y en las tragedias de Eurípides y Sófocles, así como en los tratados filosóficos de Platón y Aristóteles. Son preguntas que tienen su origen común en la necesidad de sentido que desde siempre acucia el corazón del hombre: de la respuesta que se dé a tales preguntas, en efecto, depende la orientación que se dé a la existencia.

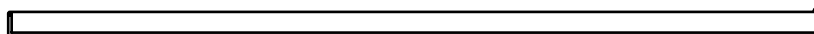
2. La Iglesia no es ajena, ni puede serlo, a este camino de búsqueda. Desde que, en el Misterio Pascual, ha recibido como don la verdad última sobre la vida del hombre, se ha hecho peregrina por los caminos del mundo para anunciar que Jesucristo es « el camino, la verdad y la vida » (Jn 14, 6). Entre los diversos servicios que la Iglesia ha de ofrecer a la humanidad, hay uno del cual es responsable de un modo muy particular: la diaconía de la verdad.¹ Por una parte, esta misión hace a la comunidad creyente partícipe del esfuerzo común que la humanidad lleva a cabo para alcanzar la verdad; 2 y por otra, la obliga a responsabilizarse del anuncio de las certezas adquiridas, incluso desde la conciencia de que toda verdad alcanzada es sólo una etapa hacia aquella verdad total que se manifestará en la revelación última de Dios: « Ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido » (1 Co 13, 12).

28. Es necesario reconocer que no siempre la búsqueda de la verdad se presenta con esa transparencia ni de manera consecuente. El límite originario de la razón y la inconstancia del corazón oscurecen a menudo y desvían la búsqueda personal. Otros intereses de diverso orden pueden condicionar la verdad. Más aún, el hombre también la evita a veces en cuanto comienza a divisarla, porque teme sus exigencias. Pero, a pesar de esto, incluso cuando la evita, siempre es la verdad la que influencia su existencia; en efecto, él nunca podría fundar la propia vida sobre la duda, la incertidumbre o la mentira; tal existencia estaría continuamente amenazada por el miedo y la angustia. Se puede definir, pues, al hombre como aquél que busca la verdad.



Así que el cristianismo debiera recordar a nuestra sociedad de nuestro sepultado anhelo por la verdad, y caminar con ella mientras busca. Pero sólo podremos hacer esto de un modo convincente si nosotros mismos somos vistos como peregrinos que no tienen todas las respuestas de antemano. Los líderes cristianos hablarán con más autoridad si dicen más a menudo “no sé”. Debemos ser vistos como aquellos que no sólo enseñan sino que también aprenden. La Iglesia debe tener el coraje para proclamar sus convicciones, pero también la humildad de aprender de otras personas.

Radcliffe, Timothy. What is the Point of Being a Christian? (Kindle Locations 2335-2339). Bloomsbury Publishing. Kindle Edition.



De Ecclesiam Suam, de Pablo VI, sobre el mandato de la Iglesia en el mundo contemporáneo

27. La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio.

nuestro propósito de perseverar —cuanto lo permitan nuestras débiles fuerzas y sobre todo la divina gracia nos dé modo de llevarlo a cabo— en la misma línea, en el mismo esfuerzo por acercarnos al mundo, en el que la Providencia nos ha destinado a vivir, con todo respeto, con toda solicitud, con todo amor, para comprenderlo, para ofrecerle los dones de verdad y de gracia, cuyos depositarios nos ha hecho Cristo, a fin de comunicarle nuestra maravillosa herencia de redención y de esperanza. Profundamente grabadas tenemos en nuestro espíritu las palabras de Cristo que, humilde pero

tenazmente, quisiéramos apropiarnos: No... envió Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por El(45).

30. Como es claro, las relaciones entre la iglesia y el mundo pueden revestir muchos y diversos aspectos entre sí. Teóricamente hablando, la Iglesia podría proponerse reducir al mínimo tales relaciones, tratando de liberarse de la sociedad profana; como podría también proponerse apartar los males que en ésta puedan encontrarse, anatematizándolos y promoviendo cruzadas en contra de ellos; podría, por lo contrario, acercarse tanto a la sociedad profana que tratase de alcanzar un influjo preponderante y aun ejercitar un dominio teocrático sobre ella; y así de otras muchas maneras. Pero nos parece que la relación entre la Iglesia y el mundo, sin cerrar el camino a otras formas legítimas, puede representarse mejor por un diálogo, que no siempre podrá ser uniforme, sino adaptado a la índole del interlocutor y a las circunstancias de hecho existente; una cosa, en efecto, es el diálogo con un niño y otra con un adulto; una cosa es con un creyente y otra con uno que no cree.

Esto es sugerido por la costumbre, ya difundida, de concebir así las relaciones entre lo sagrado y lo profano, por el dinamismo transformador de la sociedad moderna, por el pluralismo de sus manifestaciones como también por la madurez del hombre, religioso o no, capacitado por la educación civil para pensar, hablar y tratar con dignidad del diálogo.

Esta forma de relación exige por parte del que la entabla un propósito de corrección, de estima, de simpatía y de bondad; excluye la condenación apriorística, la polémica ofensiva y habitual, la vanidad de la conversación inútil. Si es verdad que no trata de obtener inmediatamente la conversión del interlocutor, porque respeta su dignidad y su libertad, busca, sin embargo, su provecho y quisiera disponerlo a una comunión más plena de sentimientos y convicciones.

Por tanto, este diálogo supone en nosotros, que queremos introducirlo y alimentarlo con cuantos nos rodean, un estado de ánimo; el estado de ánimo del que siente dentro de sí el peso del mandato apostólico, del que se da cuenta de que no puede separar su propia salvación del empeño por buscar la de los otros, del que se preocupa continuamente por poner el mensaje, del que es depositario, en la corriente circulatoria del pensamiento humano.

31. El coloquio es, por lo tanto, un modo de ejercitar la misión apostólica; es un arte de comunicación espiritual. Sus caracteres son los siguientes: 1) La claridad ante todo: el diálogo supone y exige la inteligibilidad: es un intercambio de pensamiento, es una invitación al ejercicio de las facultades superiores del hombre; bastaría este solo título para clasificarlo entre los mejores fenómenos de la actividad y cultura humana, y basta esta su exigencia inicial para estimular nuestra diligencia apostólica a que se revisen todas las formas de nuestro lenguaje, viendo si es comprensible, si es popular, si es selecto. 2) Otro carácter es, además, la afabilidad, la que Cristo nos exhortó a aprender de El mismo: Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón(56); el diálogo no es orgulloso, no es hiriente,

no es ofensivo. Su autoridad es intrínseca por la verdad que expone, por la caridad que difunde, por el ejemplo que propone; no es una mandato ni una imposición. Es pacífico, evita los modos violentos, es paciente, es generoso. 3) La confianza, tanto en el valor de la propia palabra como en la disposición para acogerla por parte del interlocutor; promueve la familiaridad y la amistad; entrelaza los espíritus por una mutua adhesión a un Bien, que excluye todo fin egoístico. 4) Finalmente, la prudencia pedagógica, que tiene muy en cuenta las condiciones psicológicas y morales del que oye(57): si es un niño, si es una persona ruda, si no está preparada, si es desconfiada, hostil; y si se esfuerza por conocer su sensibilidad y por adaptarse razonablemente y modificar las formas de la propia presentación para no serle molesto e incomprensible.

Con el diálogo así realizado se cumple la unión de la verdad con la caridad y de la inteligencia con el amor.

4 MATERIAL 2: LA DIMENSIÓN ESPIRITUAL DE LA TEOLOGÍA FUNDAMENTAL, DE GERARDO SÖDING

RESUMEN

En esta presentación se asume una entrañable vinculación entre la *identidad* de la

“Teología Fundamental” y su *dimensión espiritual*: objeto y método por un lado, actitudes y desafíos, por otro, se implican mutuamente. El fundamento (1) es el acontecimiento de Cristo; más en concreto, el *encuentro* con el Resucitado. La tarea (2) es, desde el principio, *dar razón de la esperanza* (cf. 1 Pe 3, 15) y *de la fe*, en situaciones siempre nuevas. Esto se despliega en dos “direcciones”: “*hacia dentro*”, volver a asentar los fundamentos de la fe y “*hacia fuera*”, proponer las razones (y signos) de credibilidad.

Esta tarea requiere actitudes espirituales (3) que se ven asumidas y propuestas por el Concilio Vaticano II de modo ejemplar, especialmente el *diálogo* y el *discernimiento*.

En la reflexión teológica y el Magisterio más reciente, se destacan tres ámbitos de búsquedas a discernir (4): la *cuestión del sentido*, las *religiones* y la *Nueva Era*. En la valoración de la vuelta a los fundamentos (5), se señalan tres aspectos a recuperar y no perder: la *historia*, la *comunidad* y el *silencio*.

1. El fundamento

“*María se había quedado afuera, llorando junto al sepulcro. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y ve a dos ángeles vestidos de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies del lugar donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. Ellos le dicen: «Mujer, ¿por qué estás llorando?» Ella les dice: ¡Sacaron a mi Señor y no sé dónde lo han puesto! Diciendo esto se dio vuelta y ve a Jesús, que estaba allí, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: «Mujer, ¿por qué estás llorando? ¿A quién estás buscando?» Ella, creyendo que era el cuidador del jardín, le dice: «Señor, si tú lo llevaste, dime dónde lo has puesto, y yo lo sacaré». Le dice Jesús: ¡*Mariam!* Volviéndose ella le dice en hebreo ¡*Raboní!*, es decir «¡Maestro!»». Le dice Jesús: «Suéltame, porque todavía no he subido al Padre. Pero ve a mis hermanos y diles: “Subo a mi Padre, el Padre de ustedes, a mi Dios, el Dios de ustedes”». María Magdalena va a anunciar a los discípulos «¡He visto al Señor!» y que le había dicho esto.” (Jn 20, 11-18)*

En la mañana de la primera Pascua cristiana se nos ofrece esta entrañable escena evangélica, cómo testimonio personal e íntimo y a la vez cómo desafío apremiante y público, de la experiencia que constituye el fundamento de nuestra fe: *el encuentro con Jesús Resucitado*. La concentración total en las relaciones interpersonales se resiste al “uso” –sea litúrgico, apologético, parenético o misionero– e invita a la contemplación atenta, gozosa y gratuita de lo que allí ha sucedido.

El llanto prolongado de María (mencionado cuatro veces) expresa dramáticamente su estado emocional. El dolor por la pérdida es muy grande, pero no la encierra ni la paraliza: ella *se había quedado* y *se asomó*. No se sorprende por la presencia de los ángeles; más bien es la pregunta (¿reproche?) de ellos lo que da ocasión para que ella manifieste la razón de su desconuelo: ni siquiera sabe *dónde han puesto* el cuerpo de los ángeles le dan noticias sobre él. Jesús mismo se le mostrará cómo viviente pero, para reconocerlo, María debe *darse vuelta* (dos veces) y superar la confusión en que la tiene sumida su congoja. La pregunta de Jesús llega a su deseo más profundo: *¿A quién estás buscando?* Ella está dispuesta a todo, pero necesita saber: *“dime dónde lo has puesto...”* Entonces Jesús provoca el reconocimiento llamándola por su nombre: *¡Mariam!* (que recuerda el arameo). Esto basta: María se sabe conocida en el mismo acontecimiento en el que reconoce a aquél a quien buscaba. En su *¡Raboní!* (que también recuerda el arameo) se unen respeto y ternura. El afecto quiere retener a Jesús, pero el encuentro debe abrirse a la misión y al anuncio de la nueva fraternidad que la subida al Padre de Jesús (*mi Padre, el Padre de ustedes*) ha inaugurado para los discípulos (*mis hermanos*). Y a ellos va María, *apostola apostolorum*, con el testimonio de su experiencia y el mensaje de su Señor.

La radiante luz de este encuentro pascual no sólo se proyecta hacia el futuro de la misión – apenas vislumbrado–, sino también esclarece el sentido de todos los encuentros anteriores. Basta en este lugar recordar aquel primero, ya entonces decisivo:

“Al día siguiente, estaba Juan otra vez allí con dos de sus discípulos y mirando a *Jesús* que pasaba dice: «He aquí el Cordero de Dios». Los *dos discípulos*, al oírlo hablar así, siguieron a Jesús. Dándose vuelta Jesús y viéndolos seguirlo, les dice: «¿*Qué están buscando?*» Ellos le dijeron: «*Rabí* –que traducido significa Maestro– *¿dónde permaneces?* Les dice: «Vengan y verán». Fueron, pues, y vieron *dónde* permanece, y permanecieron *junto a él* ese día. Era cómo la hora décima. Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían escuchado junto a Juan y lo siguieron. Encuentra primero a su propio hermano Simón y le dice: «*Hemos encontrado* al Mesías –que traducido es Cristo–». Lo condujo a Jesús. Jesús mirándolo dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan. Tú serás llamado Cefas –que traducido es Pedro–.»” (Jn 1, 35-42)

Muchas cosas tiene Jesús que decir en el evangelio, pero su primera palabra es una pregunta que toca la mente y el corazón de los que quieren seguirlo: *¿Qué están buscando?* Un lugar, un *dónde* que sepa el secreto del *permanecer*. Mas el saber no es dado en un “lugar” (que el relato deja ignoto) ni en un “algo” que corresponda más o menos con la búsqueda, sino en el vínculo personal: *permanecieron junto a él*. El encuentro con Jesús lleva a Andrés al encuentro inmediato en la fraternidad (*su propio hermano*) con su testimonio personal, el anuncio mesiánico y la mediación para el encuentro con Jesús que cambiará el nombre y la vida entera de Simón.²

Con matices diversos, ésta fue también la experiencia de otros:

“Todo comenzó con un encuentro. Unos hombres –judíos de lengua aramea y quizá también griega– entraron en contacto con Jesús de Nazaret y se quedaron con él. Aquel encuentro y todo lo sucedido en la vida y en torno a la muerte de Jesús hizo que su vida adquiriera un nuevo sentido y un nuevo significado. Se sintieron renovados y comprendidos, y esta nueva identidad personal se tradujo en una solidaridad análoga con los demás, con el prójimo. El cambio de rumbo de

sus vidas fue fruto de su encuentro con Jesús... No fue un resultado de su iniciativa personal, sino algo que les sobrevino desde fuera.”³

En el orden de la fe, éste es, pues, el fundamento, y nadie puede poner otro, porque el fundamento es Jesucristo (cf. 1 Co 3, 11). Como momentos internos del encuentro fundante que recordamos, podemos señalar: *buscar – encontrar – permanecer – anunciar*.

Parecía necesario reafirmar este acontecimiento como punto de referencia insoslayable para la fe, para la reflexión sobre la fe y su fundamentación y, en esta línea, para la dimensión espiritual de la Teología Fundamental.

2. La tarea

“Y ¿quién podrá hacerles daño si se dedican a practicar el bien? Pero si sufren a causa de la justicia, dichosos ustedes. «No les tengan ningún miedo ni se turben». Al contrario, «den culto al Señor», Cristo, en sus corazones, siempre dispuestos a dar respuesta (apología) a todo el que les pida razón (logos) de su esperanza, pero con mansedumbre y respeto y con buena conciencia. De este modo, aquello mismo que les echan en cara servirá de confusión a quienes critican su buena conducta en Cristo. Pues es mejor padecer por obrar el bien, si ésta es la voluntad de Dios, que por obrar el mal.” (1 Pe 3, 13-17)

Los testigos y misioneros anuncian la buena noticia de Jesús Resucitado y, como ocurriera con el mismo Jesús, evangelizador del Reino de Dios, muchos escuchan y creen. Éstos se hacen bautizar y forman comunidades con un estilo de vida y un culto nuevos. Pero el evangelio también encuentra oposición y rechazo. Muy pronto y por diversos motivos los cristianos comienzan a ser cuestionados, calumniados, rechazados, amenazados, perseguidos y a veces hasta asesinados. En este contexto el autor de la 1 Pe exhorta a sus destinatarios a mantener la esperanza en medio del sufrimiento, fundados en el ejemplo de Cristo (cf. 1 Pe 2, 21-25). Su *conducta* (que brota de la fe) está llena de *esperanza* y por eso cuestiona el entorno pagano en que viven. Se requiere perseverancia, se insiste en el buen modo, pero también es necesaria la *apología*, es decir *dar razón (logos)*, mostrar motivos, proponer un sentido que resulten válidos y significativos para quienes, sin compartir su fe, busquen y pregunten, cuestionen, critiquen o acusen.⁴

Así pues, desde el principio, la difusión de la fe va acompañada de la exigencia de dar razón, y ha sido precisamente el texto de 1 Pe 3, 15 el que, más allá de su situación contextual e incluso de su exactitud textual,⁵ ha ofrecido el programa. Como es sabido, la realización más o menos consciente del mismo ha signado gran parte de la historia de la teología, al menos en Occidente. En ella, la “Teología Fundamental” como disciplina propia ha debido esforzarse para encontrar su identidad y su método en medio de continuos cambios eclesiales y culturales.⁶

Dar razón de la fe. Esta exigencia reclama una integración que no siempre se ha logrado: el ejercicio de la razón en la comprensión del misterio de la fe para los creyentes (ámbito clásico de la

“dogmática”) y la iluminación de la fe a la razón que argumenta para los no creyentes (ámbito clásico de la “apologética”).⁷

La encíclica *Fides et Ratio* (1998), que ya desde su título se alinea con esta tradición teológica y magisterial, dedica un párrafo específico a la Teología Fundamental, del cual transcribimos y destacamos algunas afirmaciones:

“La teología fundamental, por su carácter propio de disciplina que tiene la misión de dar razón de la fe (cf. 1 Pe 3, 15), debe encargarse de justificar y explicitar la relación entre la fe y la reflexión filosófica...

Al estudiar la Revelación y su credibilidad, junto con el correspondiente acto de fe, la teología fundamental debe mostrar cómo, a la luz de lo conocido por la fe, emergen algunas verdades que la razón ya posee en su camino autónomo de búsqueda. La Revelación les da pleno sentido, orientándolas hacia la riqueza del misterio revelado, en el cual encuentran su fin último.” (FR 67)⁸

El fundamento y la tarea permanecen, pues, desde el principio y a la vez, como don inagotable y desafío siempre renovado. Aceptado y asumido en el nivel que corresponde a la reflexión teológica, imponen en el trabajo de la TF dos “direcciones”, que en general encuentran dos “sensibilidades” a conjugar. La primera, “*hacia dentro*”, procura en cada nueva situación volver a afianzar y explicitar los fundamentos de la fe (con su racionalidad específica); la segunda, “*hacia fuera*”, propone las razones de la credibilidad de la fe (sobre todo a través de los signos, portadores de verdad y de sentido). Basta pensar cuántas veces encuentros profundos y sinceros con personas distintas nos han llevado a revisar, confirmar o corregir nuestras propias convicciones para comprender que estas dos “direcciones” se implican mutuamente desde la vida del creyente en el dinamismo de la fe.⁹

3. Las actitudes

En quienes la asumen, la tarea así delineada suscita, reclama, purifica y madura algunas *actitudes espirituales*, como señalaba el autor de la 1 Pe. Nos detenemos un momento en el acontecimiento eclesial más significativo del siglo XX, que las ha mostrado encarnadas en el Pueblo de Dios representado por la asamblea de sus pastores. Decía ya el papa Pablo VI:

“Hace falta, aún antes de hablar, oír la voz, más aún, el corazón del hombre, comprenderlo y respetarlo en la medida de lo posible y cuando lo merece secundarlo. Hace falta hacerse hermanos de los hombres en el momento mismo que queremos ser sus pastores, padres y maestros. El clima del diálogo es la amistad. Más todavía, el servicio. Debemos recordar todo esto y esforzarnos por practicarlo, según el ejemplo y el precepto que Cristo nos dejó.” (ES 20)¹⁰

Tras él y con él, el Concilio Vaticano II, fiel a la inspiración del papa Juan XXIII que lo convocó, constituyó un gran ejemplo: lo que enseñaba en sus documentos¹¹ se reflejaba en sus actitudes.¹² El Espíritu asistía a la Iglesia, a través y más allá de todas las deficiencias humanas, en general mucho más evidentes. No quisiéramos olvidarlo,¹³ sobre todo cuando practica y exige el *discernimiento*:

“Es propio de todo el pueblo de Dios, pero principalmente de los pastores y de los teólogos, auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la palabra divina, a fin de que la verdad revelada pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma

más adecuada.” (GS 44)

En esta síntesis, las dos fidelidades, el fundamento y el tiempo, se reclaman y enriquecen mutuamente a través del *discernimiento*, actitud y ejercicio *espiritual* por excelencia, como ya enseñara el Apóstol de las gentes (cf. Rom 12, 2; Flp 4, 8).

4. “Hacia afuera”: discernir las búsquedas

El impulso del Concilio no sólo llevó a una renovación profunda de la vida de la Iglesia; también se sintió en el mundo al cual ella se abría. El *diálogo* adquirió pronto carta de ciudadanía irrenunciable en todos los órdenes; se hacía necesario un discernimiento cada vez más maduro. La exuberante reflexión teológica y las numerosas intervenciones magisteriales desde entonces han procurado acompañar este proceso complejo.

Aunque casi todos los ámbitos de la realidad han sido “tocados”, algunos parecen reclamar actualmente mayor atención. Entre los caminos de búsqueda y realización de la humanidad, señalamos tres, tomados para discernir por el Magisterio reciente:¹⁴

a) La pregunta por el sentido

“... el hombre cuanto más conoce la realidad y el mundo y más se conoce a sí mismo en su unicidad, le resulta más urgente *el interrogante sobre el sentido* de las cosas y sobre su propia existencia.” (FR 1)

“... el hombre se encuentra en *un camino* de búsqueda, humanamente interminable: *búsqueda de verdad y búsqueda de una persona de quien fiarse*. La fe cristiana le ayuda ofreciéndole la posibilidad concreta de ver realizado el objetivo de esta búsqueda.” (FR 33)

b) Las religiones

“El cristianismo no queda de hecho ni puede quedar al margen del encuentro y consiguiente diálogo entre las religiones. Si éstas han sido a veces y pueden ser todavía factores de división y conflicto entre los pueblos, es de desear que en nuestro mundo aparezcan ante los ojos de todos como elementos de paz y de unión. El cristianismo *ha de contribuir* a que esto sea posible.” (CR 2)

“Para que este diálogo pueda ser fructífero hace falta que el cristianismo, y en concreto la Iglesia católica, procure *aclarar cómo valora desde el punto de vista teológico* las religiones. De esta valoración dependerá en gran medida la relación de los cristianos con las diversas religiones y sus adeptos...” (CR 3)15

c) La “Nueva Era”

“El objetivo consiste en *fomentar el discernimiento* de quienes buscan puntos de referencia sólidos para una vida más plena. Estamos convencidos que en *la búsqueda de muchos de nuestros contemporáneos se puede descubrir una auténtica sed de Dios.*” (JPAV Prefacio) “Este documento... es una *invitación a comprender la Nueva Era y a entablar un diálogo* con quienes se ven influenciados por sus ideas... En realidad, lo que se exige a los cristianos es, ante todo y sobre todo, *estar fundamentados firmemente en su fe.* Sobre esta sólida base, pueden construir una vida que responda positivamente a la invitación de la primera carta de san Pedro [cita 1 Pe 3, 15s].” (JPAV 1)16

El discernimiento no se realiza en abstracto; por esta razón, la teología y el magisterio deben tomar muy en serio *la situación concreta de las personas y los pueblos.*17 Pues es en medio de las ambigüedades y contradicciones de este mundo que los corazones inquietos siguen buscando, y Dios les sale al encuentro.18

5. “Hacia adentro”: volver a los fundamentos

“El único fundamento de la Iglesia es Jesucristo. Él está en el corazón de toda acción cristiana y de todo mensaje cristiano. Por eso la Iglesia regresa constantemente al encuentro de su Señor.” (JPAV 5)

El papa Juan Pablo II, que ha conducido a la Iglesia en la preparación y la transición hacia el nuevo milenio, no ha dejado de señalar y exhortar a todos los fieles a *la contemplación del rostro de Cristo.*19 La implementación de este “programa” a nivel teológico y espiritual encuentra en la actualidad varios aspectos favorables. Sin embargo, queremos indicar otros, cuyo olvido o desatención alejarían la plenitud que se intuye y espera.

a) La historia

Un historiador y testigo del siglo XX escribía no hace mucho tiempo:

“La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con la de generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX. En su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres, de este final de siglo crecen en una suerte de presente permanente sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en el que viven.” 20

Si la historia no tiene relevancia significativa para un grupo (ya no es *magistra vitae*), no sólo peligran su identidad y su futuro, sino también la posibilidad de entrar en comunión con Dios que se ha revelado en la historia (cf. DV 2-3), haciendo *historia de salvación*. Mas aún, se arriesga la posibilidad del *encuentro con Jesucristo*, su centro y la clave de su comprensión (cf. DV 4; GS 10) y, por Él, con Él y en Él, *todo*.²¹

“La historia humana podría ser leída toda ella como una larga y dificultosa marcha de los hombres a la búsqueda de Dios, a la zaga de Dios, a tientas con Dios, como quien, estando cercano, no se deja, sin embargo, encontrar, y como quien, siéndonos interior a nosotros mismos, no se deja apresar en nuestra interioridad. Pero esa misma historia puede ser leída a la vez como la larga y sinuosa tentativa de Dios saliendo a la búsqueda del hombre, a la mostración y, casi diríamos, a la tentación del hombre, para que le reconozca y, reconociéndole a él, se conozca a sí mismo. Ese doble movimiento, que se extiende desde el inicio de la existencia humana, y que perdurará con ella hasta su extinción, ha tenido un punto de convergencia, punto luminoso que nos ha hecho posible leer todo lo anterior como fase propedéutica, y todo lo subsiguiente como fase de consumación. A ese punto luminoso de la historia, en que la marcha anhelosa del hombre hacia Dios y la revelación oblativa de Dios al hombre han coincidido en su máxima expresión personal por ambos lados, le llamamos Jesús de Nazaret. Y en su calidad de tal punto luminoso, como resultado de ese insospechable y trascendental encuentro del hombre con Dios, le confesamos Cristo, porque en él hemos encontrado salvación, es decir, hemos encontrado a Dios.” 22

Así pues, la recuperación de la historia resulta insoslayable, en especial para los cristianos: *“La historia es para el Pueblo de Dios un camino que hay que recorrer por entero, de forma que la verdad revelada exprese en plenitud sus contenidos gracias a la acción incesante del Espíritu Santo”* (FR 11)

b) La comunidad

Son muchos los que advierten en la cultura actual los peligros del individualismo, hasta la “sacralización del Yo”. Al mismo tiempo, ven que el “sujeto” se diluye, volviéndose consumidor pasivo de lo que “el sistema” le impone como necesidad y satisfacción.

Urge, pues, no perder la *intimidad* ni la *alteridad*. Sin *ambas* el ser humano no puede realizar su humanidad. El *rostro del otro* (E. Levinas), el “yo y tú” (M. Buber) son para *nosotros* constitutivos y exigentes. Sin la dimensión comunitaria, resulta imposible la comunión con Dios que, siendo comunión, se revela creando e invitando a la comunión en una comunidad.

Fiel a la misma Revelación, el Vaticano II introduce así su enseñanza:

“El Sacrosanto Concilio, al escuchar la palabra de Dios religiosamente y al proclamarla confiadamente, hace suyas las palabras de San Juan que dice: «Les anunciamos la vida eterna, que estaba junto al Padre y se nos manifestó; lo que hemos visto y oído se lo anunciamos, para que tengan también ustedes comunión con nosotros; y esta comunión nuestra es con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Jn 1, 2-3).” (DV 1)

c) El silencio

Concluimos uniéndonos al juicio y a la propuesta de un especialista:

“La teología se ha olvidado del silencio. Llevada por el afán de convertirse en ciencia, ha relegado a la mística y a la espiritualidad la realidad esencial de su reflexionar, corriendo continuamente el peligro de caer en la inexperiencia de su objeto de investigación... La teología fundamental puede recuperar el estudio del silencio al menos en un doble plano: por un lado, mostrar al silencio como expresión última que relaciona al sujeto con el objeto de investigación; por el otro, convertirlo en un locus theologicus para que el creyente y el hombre puedan encontrarse con un signo que expresa y remite a la presencia de Dios.” 23

GERARDO SÖDING

09/10/2003